

hacendista consumado que va, con método admirable, haciendo la autopsia del «Presupuesto de gastos de Cuba,» y proponiendo las economías que en él deben introducirse en las actuales circunstancias para llegar al punto dolorido, que es la situación insostenible de la deuda y las perturbaciones y conflictos que se originan en todos los intereses del comercio y del crédito del país con la circulación de un signo fiduciario que sólo se admite en condiciones onerosísimas para el tenedor y con gran quebranto.

Iremos por partes, pues la cuestión de Hacienda está relacionada íntimamente con todas las demás de la Isla, como que esconde sus raíces en la riqueza individual, en la producción, en el comercio, en la industria y el trabajo, que se ostentan más ó ménos florecientes, según son llevaderas ó insoportables las cargas con que se los grava.

El Sr. Cancio, hombre experto y de amplios horizontes, no es pesimista ni considera la situación financiera de Cuba tan alarmante y desesperada como muchos se figuran, si hay resolución y se quiere entrar de lleno en el camino de las reformas prudentes.

La isla de Cuba, que siempre ha sido el paño de lágrimas de la madre patria, que no la ha escaseado sus tesoros cuando de ellos hubo menester; por consecuencia de la última asoladora guerra, vino á un estado económico embarazoso que inspira justas preocupaciones y que los gobiernos no pueden, en manera alguna, observar con indiferencia.

Desde principios del siglo, y no vamos más atrás, en que se vislumbra algo de orden en los negocios de la Hacienda española, ya aparecen consignadas sumas fijas, procedentes de Ultramar, como recursos ordinarios de ingresos en el Tesoro, que no bajaban de 100 millones de reales, por término medio, cada año, sin contar los auxilios extraordinarios de las colonias.

En cualquier presupuesto español, anterior á los sucesos de Yara, encontramos también, como fuente natural y perenne de ingresos, los recursos de Ultramar. El presupuesto de 1853, y tomamos éste al azar, contrae estas partidas: 5.442.000 rs. para pago de obligaciones de la Península consignados en las cajas de la Habana, y 40 millones como *sobrantes* de las mismas cajas.

Después de la cruenta lucha que hubo precisión de sostener en aquel clima mortífero, las cosas han variado de aspecto, y la Península, aunque acosada por otras plagas, y teniendo también que atender á otras guerras intestinas no ménos devastadoras, no dejó de tender una mano protectora á su hija muy querida, devolviéndole el apoyo de que podía disponer. Así es que los anticipos hechos á Cuba, según la Memoria que acompaña á los presupuestos para el corriente año, leídos á las Cortes en Marzo de 1883, arrojan la cifra de 276 millones de reales (69 en pesetas).

Pero lo que España hizo, con ser de gran estima, atendida la estrechez de sus medios y la agitación en que vivía, no alcanzó á extirpar el cáncer económico que allí como aquí desarrolló la guerra, desquiciando todos los servicios administrativos, introduciendo el desorden en los tributos, destruyendo, ó poco ménos, las rentas más sanas y embarazando la acción recaudadora hasta el extremo de que los ingresos no se hacían efectivos en más de un 60 ó 70 por 100, y ménos, en algunos años, á la vez que los gastos crecían fabulosamente por las necesidades que siempre se producen en el estado de guerra de un país.

La consecuencia natural tenía que ser el déficit seguro de cada año en los cálculos presu-

puestos. Para cubrirlo, para atender á compromisos que no era posible eludir ni aplazar, no había otro escape que recurrir al sistema de la deuda flotante por cuenta del presupuesto en ejercicio, la cual se acumulaba de año á año hasta que insensiblemente se convertía en deuda del Tesoro, representada por operaciones de préstamo de todas clases y á cualquier interés, porque la necesidad carece de ley.

Por leoninos que hayan sido algunos préstamos del Tesoro de Cuba, casi tenemos la seguridad de que los han superado muchas operaciones de las que el Tesoro de la Península, en cierto período, se resignó á aceptar.

Asombrarían, si las resumiéramos, las cantidades gastadas desde 1868 á 1880, porque la mayor parte de los gastos de la guerra no se saldaron hasta que se disfrutaban algunos años de paz.

Cuba pasó por las mismas ó análogas vicisitudes, con la diferencia de que ve retardarse más de lo conveniente la curación de sus graves padecimientos, que estriba, al par que en la metrópoli, en el arreglo de la cuestión económica, buscando en la nueva reglamentación de las contribuciones y rentas y en la unificación de la deuda la base única del equilibrio del presupuesto, sin lo cual no es posible llegar jamás á una época de orden y tranquilidad moral ni preparar la solución de otros problemas de distinto género, que todos miran con cierto recelo.

Antes de entrar en la descomposición del presupuesto de gastos, que es su tesis, el señor Cancio busca en el pasado la progresión que éstos han tenido, y deduce que ha sido considerable el desarrollo desde 1850, en que no excedían de 13.734.000 pesos fuertes á 36.860.000, á que gradualmente llegaron en el presupuesto de 1882-83.

Esto no nos coge de susto, ni reputamos signo desfavorable, en un buen régimen administrativo, ese crecimiento de los gastos públicos. Hay que tener en cuenta que de un tercio de siglo á esta parte se derivan casi todos los adelantos materiales de Cuba, al par que de España: caminos, ferro-carriles, 1.800 kilómetros en explotación; telégrafos, 4.700 kilómetros, con 2.500 estaciones, faros, puertos, escuelas, guardería, seguridad y otros importantes servicios, todo arranca de ese período, y así se explica fácilmente que los sacrificios de los pueblos tuvieran que seguir una línea paralela y proporcionada á los bienes materiales y comodidades con que se les dotaba.

Bravo Murillo lo dijo claro cuando se le censuraba por haber llegado á formar y presidir el Gabinete en 1850 con la bandera de las economías, y luego se vió envuelto y no pudo prescindir de forzar la tributación: «No es posible vivir á la moderna y pagar á la antigua.»

Lo que en estos casos conviene averiguar es si positivamente los gastos materiales del Estado son económicos y reproductivos, es decir, si obedecen á necesidades reales, á objetos útiles, y si en su aprovechamiento y explotación se encuentra un beneficio equivalente al interés del capital que representan las obras públicas, de que también han de disfrutar las generaciones venideras.

En la metrópoli, respecto á gastos, hemos seguido una marcha idéntica. El presupuesto de 1850 fué de 1.149 millones de reales y el del ejercicio actual sube á 3.207 (801.800.000 pesetas).

Nos referimos á los presupuestos ordinarios de uno y otro país.

P. SOLÍS.

(Se continuará.)

## LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS

### II

Grande, sin duda ninguna, fué la lucha de los pueblos hispano-americanos para entrar pacíficos y triunfantes en la senda del progreso; y al recorrer aquellos pueblos el camino trazado á la humanidad en la historia, han pasado por las mismas luchas, por iguales convulsiones y por idénticos trastornos que otros de la antigüedad en que al imperio de la tiranía sucede la epopeya de la independencia y luego el abrazo santo de la fraternidad democrática, llamada á imperar en el mundo entero.

No sería oportuno recordar ahora, ni tampoco tenemos interés en hacerlo, lo que nuestros hermanos de América deben á España, ni viene tampoco al caso reproducir la serie de beneficios recibidos por aquellas grandiosas regiones de los sabios Vireyes é inteligentes Capitanes generales, cuya memoria se venera aún allí en el fondo de las almas, mucho más si se la compara con la tiranía de los Rosas, los Carreara, los Veintemilla y otros caudillos americanos, cuya crueldad difícilmente se borrará de la memoria de los habitantes de Buenos-Aires, Guatemala, El Ecuador y más Repúblicas del Centro y el Sur.

Pero sí es necesario no prescindir completamente de esto al ocuparnos del porvenir de aquellos ricos y hermosos países de lozanía vigorosa, convertidos por la mano del hombre en verdaderos paraísos, en los que el reino zoológico está representado por el gran condor, soberano de las aves, que remontando su vuelo se pierde en la inmensidad del espacio; el mundo mineral por el diamante, donde el sol se mira reflejando sus múltiples colores en brillantísimos rayos que hasta el mismo sol envidia, y el vegetal en la alta y esbelta palmera que, recta y gentil, dirige sus ramas al cielo como implorando la paz que la misma simboliza para aquella parte del mundo que en día no lejano será el verdadero centro de la civilización y de la cultura, como Asia y Europa lo fueron en las edades pasadas.

Y creemos que esto es conveniente, porque así como para estudiar un hombre en lo moral y en lo físico es necesario no olvidar sus antecedentes, su pasado, su historia, en fin, si es que deseamos deducir lo que en adelante hará, así conviene también en el exámen crítico del porvenir de los pueblos no perder de vista la marcha que han seguido en el tiempo y en el espacio.

Ya indicamos en nuestro anterior artículo á lo que aspiramos respecto del particular que nos ocupa, y volvemos á repetirlo ahora: queremos que desde las altísimas cumbres de los Andes hasta las nevadas crestas de los Pirineos se establezca una verdadera corriente de fraternidad, como un hilo eléctrico por donde no se transmitan más que palabras de cariño, frases de amor y de cooperación mutua para el común adelanto; queremos que desde la punta de Tarifa al Cabo de Hornos vayan repitiendo las procelosas olas el cántico del progreso, el himno de la fraternidad, y que por el fondo de los mares el misterioso cable de la idea transmita los latidos afectuosos del corazón español hacia el corazón americano.

Y ahora, entrando en terreno más práctico, nos hemos de permitir indicar en éste y en los sucesivos artículos, de qué manera entendemos nosotros que estos ideales tendrán fácil y satisfactoria realización.

Excusado es repetir, porque no hay día que en todos los tonos no se diga, que á los hispano-americanos nos ligan la religión y el idioma, y

no hay manifestacion alguna pública en que de tales ideas se trate, que por todos no se haga alarde de lo mismo.

Pues bien; toda vez que en esto no hay discusion ni distingos posibles, es preciso dejar aparte tales disquisiciones y emprender con fe, con verdadero ahinco por otras sendas; es necesario que los que tienen aquí la representacion de aquellas Repúblicas de allende los mares, unidas á nosotros por el sublime lazo que ató en memorable dia el gran Colon, y al cual le fué entregado por la inmortal Isabel la Católica, sepan responder á la mision que sus Gobiernos les han confiado; así como el nuestro necesita mandar á la América española hombres de gran talento, de crédito levantado, y que más que á hacer alarde de su bello lenguaje, de su cultura social ó de su riqueza, vayan á estudiar las necesidades de pueblos que son hermanos del nuestro, y relacionándolas con las de España vean la manera de que el comercio, esa verdadera palanca de Arquímedes, por la cual, como aseguró Montesquieu, «se ha llegado á la nocion más perfecta de la personalidad humana,» adquiera entre España y dichas Repúblicas la grandísima importancia á que está llamado. Es preciso que los representantes oficiales y oficiosos de América en España y de España en América se inspiren en las corrientes del siglo y procuren, más que hacer gala personal de la brillantez de nuestro idioma en cadenciosas endechas ó en retóricos discursos, estudiar el modo de cambiar mutuamente los productos de cada país con facilidad y baratura, acordando tratados, fomentando el establecimiento de Sociedades y haciendo que los grandes capitales de América contribuyan á desarrollar nuestra nacional riqueza agrícola y minera, para llevar á aquella parte del mundo los productos necesarios ó útiles de que carece, y retornar en bien contruidos y numerosos buques los que América tiene, y de lo cual nosotros necesitamos tanto.

Es imprescindible, si es que no queremos ver á otras naciones de Europa aprovecharse de lo que los españoles y americanos han trabajado, que pronto, muy pronto, los respectivos gobiernos se persuadan de que en el actual momento histórico es más conveniente nombrar como representantes á hombres prácticos de verdadera ciencia y penetracion industrial y económica, que á Generales distinguidos por su valor y pericia militar; á literatos, á oradores ó artistas, y sobre todo á políticos que más deben su eleccion al favor y á la intriga que al verdadero mérito.

En prueba de esta necesidad ya otro dia diremos cómo se imponen estas ideas y cómo los hechos acreditan la verdad de lo que afirmamos.

J. P. y V.

## LA SOLEDAD DE MARÍA

*O vos omnes que transitis  
per viam, attendite et videte  
si est dolor sicut dolor meus.*

### I

¡Oid! el ronco trueno  
fragoso retumba en el vacío;  
del hondo mar el cristalino seno  
turba y revuelve el huracan bravío,  
y gime y muge en los espacios huecos,  
y ayes semeja y pavorosos ecos.

¡Oid! al rudo empuje  
del recio vendaval que al bosque agita,  
la añosa encina desgajada cruje;  
cenagoso el torrente precipita  
su espumante raudal de sierra en sierra  
é inunda y tala por do quier la tierra.

¡Oid! en el desierto

ruge la fiera, de pavor transida;  
vedla, con rumbo incierto,  
buscar, para esconderse, la guarida.  
En revueltas bandadas  
huyen las aves demandando abrigo,  
y llegan azoradas  
á guarecerse en el follaje amigo.

Las nubes cenicientas  
ruedan sobre la atmósfera pesada,  
ya rápidas, ya lentas;  
con fugaz llamarada  
el rayo las enciende  
y sus entrañas fulgurante hiende.

¡¡Y á la luz del relámpago, en la altura  
—afrenta y salvacion del mundo entero,—  
sobre una Cruz la divinal figura  
del Hombre-Dios, del celestial Cordero!!!

Y al pié de aquel madero  
tinto en la pura sangre del Dios-Hombre  
—mártir bendito de un amor sin nombre,—  
la Madre del Dolor, bañada en llanto,  
alza los ojos al nublado cielo,  
ya que en la tierra su letal quebranto  
ni alivio encuentra, ni hallará consuelo,  
y al ver del Hijo santo  
«cubrir los bellos ojos mortal velo.»<sup>4</sup>  
la Reina de Sion, celeste Aurora,  
inclina la cerviz, suspira y llora.

### II

El sol tras las pardas nubes  
la radiosa faz esconde  
por no ver el negro crimen  
con que, ciego y loco, el hombre  
mancha su frente maldita  
y afronta su origen noble.  
En alas de la tormenta  
su manto extiende la noche,  
y envuelve la tierra ingrata  
entre sus negros crespones.  
La falange de verdugos  
que ha puesto su mano innoble  
sobre el Dios que al mundo vino  
á redimir á los hombres,  
temerosa y espantada  
de aquella horrible hecatombe,  
vuelve á la ciudad maldita  
silenciosa y en desórden.  
Muda la naturaleza,  
sobre la cumbre del monte  
—pira del gran sacrificio  
que mancha y aterra al orbe—  
sólo á intervalos se escuchan  
sollozos que el pecho rompen  
de la solitaria Madre,  
que al pié del sangriento roble  
llora con afan inmenso  
sus indecibles dolores.

Pero... callad... leves pasos  
por el camino se oyen;  
ya se acercan; ya se paran;  
ya se apresuran; ya corren;  
ya ante la Virgen bendita  
mudos se postran dos hombres  
que del Divino Maestro  
escucharon las lecciones:  
vienen á dar sepultura  
á Aquel que en horas mejores  
con su voz y con su ejemplo  
la caridad enseñóles:  
suben al árbol de vida,  
quiebran los hierros enormes,  
y con amante cuidado  
el Cuerpo inerte deponen  
en los brazos de María,  
que sufre angustias atroces.

Y en blancos paños envuelto  
en el sepulcro le ponen,  
y cierran, y... ¡pobre Madre!  
¡sola en el mundo quedóse!

<sup>4</sup> Lista.

### III

¡Pobre Madre! A tu dolor,  
¿cuál se podrá comparar  
en magnitud y rigor?  
Ninguno, pues que tu amor  
nadie lo supo igualar.

Tú amaste al Hijo por ÉL  
y por el PADRE y por TÍ;  
y tu pecho ardiente y fiel  
amó hasta al hombre cruel  
y hoy paga tu amor así.  
Y sola, y desamparada,  
sin consuelo á tu dolor,  
afligida, desolada,  
al pié de la tumba helada  
del divino Redentor,

No cruzó tu mente pura  
un pensamiento de hiel  
contra la ingrata criatura  
que siendo de Dios hechura  
se alzó ¡infame! contra ÉL.  
¡Y al pié del cadalso alzado  
contra tu Supremo bien  
asentiste con agrado  
á ser Madre del malvado  
que orló de espinas su sien!

¡Oh, Virgen! Sólo á tu amor  
puedo el dolor comparar  
en magnitud y en rigor,  
que ni en amor ni en dolor  
nadie te supo igualar.

¡Quién ponderará, María,  
lo que tu pecho sintió;  
cuán ruda fué tu agonía  
sobre aquella tumba impía  
que el pecado fabricó!

Nadie: tan fieros extremos,  
tan amarga soledad  
sentirlos sólo podemos.  
¡Oh, Madre! Juntos lloremos  
tu dolor y mi maldad.

.....  
María, duelos prolijos  
tambien sentimos aquí;  
y en TÍ nuestros ojos fijos,  
pues somos, Madre, tus hijos,  
mucho esperamos de TÍ.

.....  
En sus mejillas la huella  
ved de su horrible afliccion;  
con lágrimas su amor sella.

.....  
¡Venid y llorad con ELLA  
los que tengais corazon!

M. MARÍA MONTERO.

## REVISTA EXTRANJERA

### La peregrinacion al sepulcro de Victor Manuel

El año 1884 ha comenzado para Italia con una peregrinacion al sepulcro de Víctor Manuel. Muy reciente es el fallecimiento del *Re galantuomo*, á quien ahora no juzgamos, para que pueda considerarse esta solemnidad más que como una manifestacion política: todavia los pueblos no han podido apreciar todas las ventajas de la unidad italiana, y mucho menos ha llegado la hora de que la historia, severa é imparcial como debe ser, y como siempre lo es despues de cierto periodo, juzgue despasionadamente aquel gran acontecimiento. Pero lo que sí podemos decir, es que los mismos censores de las peregrinaciones á Roma para visitar al Sumo Pontífice, son los que han representado la parodia á que nos referimos. Para llevar á los pueblos á estas grandes procesiones, cuando son políticas, no hay necesidad de enseñarles el penacho blanco de Enrique IV, de Francia, que guiaba sus huestes al triunfo; basta levantar una bandera, cualquiera que ella sea, y la prensa de cada partido con sus mil trompetas de la fama, el comercio y la industria con sus reclamos, se encargan de traducir en hecho el proyecto. Hasta la República de San Marino, que nació en torno de un santuario, se ha asociado á esta solemnidad.

Y sin embargo, Italia es la tierra de los santuarios,

más que España con su Covadonga, Guadalupe, el Pilar y Monserrat, y más que Francia con su Lourdes. Allí no sólo pueden ser objeto de peregrinación, y la historia muestra cuántas veces lo fueron, las tumbas de los Santos Apóstoles, sino Loreto, Monza y la Porciúncula, descrita por Laurent, el racionalista, con tan vivos colores. La pequeña población de Loreto, con su hermosa situación frente al mar, con sus tiendas de rosarios y campanillas y con su riquísimo tesoro, con los mármoles y bronce de la *Santa Casa* y la imagen de la Virgen, tallada en cedro del Líbano, no fué respetada por el ejército francés, gracias á que contaba en su tesoro 62 lámparas de oro y plata, pesando una de las primeras 37 libras. En algunos años llegaba á 200.000 el número de peregrinos que visitaron este santuario.

Monza, en la Lombardía, que presencié la consagración de Carlo-Magno, con su corona de piedras preciosas que la devoción de los reyes lombardos labró con un clavo de la santa Cruz, y cuyo recuerdo se conserva todavía en la Orden de la *Corona de hierro*; la Cartuja de Pavía, testigo de la victoria de Carlos V y de la derrota de Francisco I, otro *Re galantuomo* de antaño, con su magnífica arquitectura y su riquísimo estilo; la abadía de Vallumbrosa, donde la romántica historia de San Juan Gualberto ha quedado impresa en caracteres indelebiles; la catedral de Milan, la segunda Roma, donde el poder temporal humilló su frente ante el espiritual, porque si de Teodosio era el Imperio, la iglesia era de San Ambrosio; San Marcos de Venecia, donde la Tiro moderna dejó consignado el recuerdo de muchos siglos de independencia, de riqueza y de glorias: he aquí, sin contar los de Roma y sus catacumbas, los grandes santuarios de Italia.

¿Y qué diremos del gran jubileo universal, donde todos los pueblos europeos se conocían y trataban en la Edad Media, cuando no existían los certámenes y exposiciones de nuestra edad, llevados aquellos á los Santos Lugares por un espíritu de penitencia y de piedad y no para satisfacer su vanagloria y promover el aumento de sus intereses materiales? Bonifacio VIII, Pontífice de origen español, fué quien dió al mundo el ejemplo de esta unidad de los pueblos en un jubileo del que hablan con admiración todos los historiadores.

#### La Semana Santa y la Pascua.

La Semana Santa, por otro nombre Semana Mayor, llena de misterios y de recuerdos dolorosos para el mundo cristiano, terminada por la gran solemnidad de la Pascua, interesa igualmente á todas las naciones que profesan dicha religion. Su historia forma parte de la del Antiguo Testamento, mostrando el cumplimiento de las promesas, amenazas, premios y castigos en él incluidos, y forma uno de los primeros títulos de nuestras creencias. Sin el sacrificio del Dios-Hombre, no habria redención; si la resurrección no fuese cierta, vana sería nuestra fe, en expresión de San Pablo. El catolicismo demuestra la identidad de las suyas, aun en la uniformidad de las ceremonias, que recuerdan estos dias tan gloriosos como tristes, que son como el prefacio de la nueva historia.

Si no se repitiesen cada año estos sagrados recuerdos, ¡qué impresion causarían en todas las almas sensibles! Y renovándose todos los años, según la mente y disposición de la Iglesia, ¡qué copia de sentimientos despierta en todos los corazones cristianos! La severa narración de los evangelistas, voz cuatro veces repetida, y siempre igual en las profecías cumplidas, en los dolores y en las afrentas del Salvador, en sus promesas de resurrección y de gloria; la veneración de la cruz, ya velada, ya descubierta, primero objeto de escarnio para el mundo, y más tarde símbolo de rehabilitación para el humano linaje; el espectáculo de un pequeño y á la sazón, y ahora, casi desconocido rincón de la tierra y de los sucesos que en él se desarrollan, fijando siglos y siglos la atención de tantas y tan semejantes naciones, bien hay en todo esto con que dar abundante pábulo á la imaginación y á la sensibilidad, y á la mente perpetuas meditaciones.

La más humilde de nuestras iglesias de aldea nos lo recuerda como la más altiva catedral, y la simbólica liturgia de esos dias habla lo mismo al sabio que al ignorante. Platon decía que nada habia más hermoso bajo el sol que el espectáculo del *Justo por excelencia* sucumbiendo bajo el leve golpe de la injusticia: esta reflexión de tan gran filósofo hubieran podido

oponer los primeros cristianos á los gentiles que se escandalizaban de la cruz, como si fuese su culto una infamia además de una locura.

La Semana Santa en Roma y en Jerusalem ha sido muchas veces descrita. Cuantos viajeros han recorrido la santa ciudad, no contentos con describir el sepulcro del Salvador, han narrado sus emociones á la vista del arco del *Ecce-Homo*, que, según dice el abate Azais en su *Peregrinación á Tierra Santa*, «lleva legítimamente el nombre que le diera la piedad de los primitivos fieles;» el barrio de las lamentaciones de los judíos, como si dijésemos, el *Ghetto dentro de Sion* «á donde vienen á llorar los hijos de Abraham sobre las ruinas de Jerusalem, y del templo;» el monte de los olivos, que todavía conserva ocho, según cierta piadosa tradición, testigos de aquella noche terrible en que lloró y sudó sangre el Redentor del humano linaje; el lugar en que los Apóstoles se separaron unos de otros y, según otra creencia, compusieron el Símbolo, y tantos otros que la religion, la política, la poesía y la veneración de la parte más ilustrada de la humanidad han hecho como el centro de la historia.

La santa Cruz, de la que en la ciudad de París se conservan tres notables fragmentos; el título de la misma, conservado en Roma en la iglesia que lleva el nombre de Santa Cruz de Jerusalem; la corona de espinas, regalada á San Luis por el Emperador Balduino II, y conservada como inapreciable tesoro en la Santa Capilla de París; los clavos, custodiados en la misma, en Roma y en Tréveris; la esponja conservada en la basílica de San Juan de Letran, y la lanza, custodiada primeramente por Venecia y despues por la metrópoli del orbe católico; la columna con que se ufana la misma ciudad; los santos sudarios de Turia, Roma y Besançon; la sagrada túnica de Tréveris, preciosísima colección de monumentos casi todos guardados por Roma y por Francia, á las que debemos agregar el cáliz de Valencia, son insignes testimonios que con el nombre de reliquias de la Pasión vienen recibiendo desde los tiempos más antiguos el culto de los fieles. Pero el monumento más visible de la Pasión ha sido indudablemente la transformación religiosa y social del mundo pagano.

En el *Devoto peregrino*, de Castillo, se lee la manera de celebrarse los oficios de Semana Santa en Jerusalem. El P. Guardian del Santo Sepulcro entra efectivamente en la ciudad montado en un jumentillo el día de Ramos, y el citado autor dice que hasta los turcos alfombran el suelo con sus trajes y con ramos de flores: Añade que en su tiempo «había un jumentillo que habia hecho aquella entrada catorce veces, y estaba tan habituado á aquella función, que siendo así que era muy inquieto, aquel día caminaba tan humilde y sosegado que parecia tenía juicio según iba, y á donde veía que el suelo no estaba con capa, ó con ropa, ó flores ú otra cosa alguna cubierto, no queria caminar ni dar paso alguno.» El jueves y viernes sólo Castillo podría describirlos.

Llegado el sábado santo, los griegos, armenios, abisinios y demás cristianos orientales, que tambien custodian el Santo Sepulcro, fingen que el fuego nuevo aparece por milagro; los peregrinos encienden sus candelas y guardan para mortaja unos trozos de lienzo blanco, creyendo y diciendo que los así amortajados están libres del Purgatorio. «¡Qué más desatino y ciego error! dice Castillo. El modo como el Patriarca y los demás encienden el fuego allá dentro en el Santo Sepulcro, es que lleva una linterna debajo de los hábitos encendida, y esto lo saben los turcos y ellos mismos; y nosotros, arguyéndoles para qué hacen aquello y engañan al pueblo, responden «que si no hacen el fuego santo, que no vendrán peregrinos, y no tendrán con qué pagar los tributos. En fin, son bárbaros en todo.»

Apartemos la vista de las supersticiones con que cristianos no católicos profanan tan santos recuerdos y ceremonias, y citemos el rito de los cismáticos rusos, que el domingo de Ramos contemplaban con gran fe y devoción al Patriarca de Moscow, caballero tambien en un jumentillo, y al Czar de todas las Rusias conduciendo á pié la cabalgadura del Prelado. Sólo á la religion se ha concedido quebrantar la cabeza de los déspotas, porque sólo un poder emanado del cielo puede hacer ver á los soberanos, rodeados de aduladores y parásitos, la nada de las humanas grandezas.

Prescindiendo de las famosas procesiones de nuestro país, porque no cumple describirlas á una revista

extranjera, por más que nos cueste trabajo no hablar de Sevilla y de Toledo, recordemos tambien que América en los nombres de algunas ciudades y comarcas ostenta el recuerdo de las solemnidades de la Pasión y de la Pascua; que Lima se engalanó siempre con sus mejores y más ricos atavíos para festejar al Santísimo Cristo de los *Temblores*, cuyo culto puede verse descrito en sentidos versos del Marqués de Casajara, y detengámonos en Quito y en sus famosas y originales fiestas de Semana Santa. M. de Raigecourt dice: «que si la Semana Santa es imponente en Roma por el esplendor y la pompa de sus fiestas, quizá no es ménos curiosa en Quito por su originalidad.» Ya desde el domingo de Ramos por la noche paseaban las calles figuras ó maniqués vestidos de blanco y con gorros de cinco ó seis piés de altos, en forma de pan de azúcar, á las que llama el vulgo *almas santas*, y en el claustro del convento de Santa Clara se paseaba un asno galanamente enjaezado. Respecto á la procesion principal del Viernes Santo, notable por la abundancia de sus *pasos*, se distinguía el del Señor con la cruz acuestas y acompañado de Simon Cirineo, vestido á la española antigua; cuadrillas de músicos indios, contribuyendo al mejor resultado de las fiestas los dos ladrones representados en dos tipos diferentes, de las castas india y blanca; los diversos símbolos de la Pasión llevados por varias personas del pueblo; otras que representaban los judíos y los guardias romanos, y un cortejo por lo ménos de cinco mil individuos en la procesion descrita por M. Raigecourt darán idea á nuestros lectores de una fiesta, producto legítimo de la gravedad de los conquistadores y de la sencillez de los conquistados. Las imágenes de los *pasos*, labradas por los indios del país, que son en extremo industriosos, se guardaban durante el año con la mayor veneración, y las generaciones, sucediéndose unas á otras como las olas en el mar, pagaban siempre el mismo sincero tributo á la devoción y á la costumbre. El Ecuador es de todos los países de la América española el que ha conservado más afición al culto que les enseñaron nuestros padres.

Si el descreído Lucrecio y tantos como le han imitado hubiesen podido apreciar los beneficios y sentir los consuelos de la fe, hubiesen dicho que el amor y no el temor fué el primer origen de las creencias religiosas.

En los alrededores de nuestras poblaciones, cruces de piedra marcan los *via crucis*, lugares de peregrinación que donde quiera establecían nuestros padres. El más notable de toda la Península, y quizá de Europa, es el *Buen Jesús*, de Braga, en el vecino reino de Portugal, del que además de varias relaciones de viajeros hemos leído una devota y extensa monografía. Sin contar con las alturas de Gerez, que ofrecen una verdaderamente mágica perspectiva, la vista del mar contribuye á presentar con grandes encantos el cuadro del *Buen Jesús*; y en tal manera, que si gustásemos de los viajes ibéricos como los de Francia, Suiza y Alemania, pocos españoles que emprenden éstos dejarían de recorrer el *via crucis* de la ciudad primada. Un autor inglés dice «que si se visita este lugar, cuando mejor puede contemplarse, esto es, una hora ántes del crepúsculo de la tarde, gozando del espectáculo de luz y sombras en las cumbres de Gerez, se tendrá por teatro de las mejores y más bellas escenas que pueden verse.» Figúrense nuestros lectores un largo camino que se traza por la subida de la montaña, con capillas de trecho en trecho, con puertas de hierro en cada una é imágenes en el interior, que otro viajero compara á una exposicion de figuras de cera. El altar principal, con la crucifixión del Señor, labrado en Roma, ostenta un crucifijo de ébano. Junto á las capillas hay fuentes, una entre otras que representa un arca y se distingue con el nombre de la Esperanza; otra se llama de los Clavos, otra de la Pasión, y en ella se ven todos los símbolos de sus misterios. Nosotros no hemos visto esta gran representación del *via crucis*; pero como hemos dicho ántes, leímos hermosas descripciones, en las que, prescindiendo de la exageración con que podrán retratar el santuario los escritores portugueses, todavía queda bastante con qué alentar la devoción de los fieles, y la inspiración del amante de la naturaleza, y del cantor de la imaginación y del sentimiento.

Si durante los primeros dias de la Semana Santa, Jerusalem, Roma, Braga y otras ciudades presentan espectáculos dignos de admiración y de estudio, al